

COSTUMBRES III

La infancia

Son imágenes borrosas, despojadas de nostalgia. Paredes empapeladas de amarillo, de rosa, de marrón, con dibujos de flores, fotografías en blanco y negro, caras de antes y sonrisas forzadas. Un exceso de muebles en todas partes. Temibles cómodas panzonas recubiertas de mármol. Muchas cortinas, carpetitas, almohadones, alfombras.

La tarea de crecer daba vértigo.

Decidí dedicarle todas mis energías y no fui más a la escuela.

A mi familia le pareció bien.

Mi madre no creía en el pecado. Sus abuelos muy remotos habían sido portugueses. Y vascos de un lugar llamado San Juan de la Luz. Visceralmente conservadora y anarquista, la familia era lo único sagrado para ella y a la familia le perdonaba cualquier cosa.

Mi padre usaba en verano un sombrero de paja dura como Maurice Chevalier. Pero él era triste y extranjero. Uruguayo en Hamburgo, europeo en América. Enemigo del aire, dormía en habitaciones cerradas. Trabajaba con luz artificial. Oía las óperas de Wagner a altas horas de la noche junto a una radio de madera lustrada.

Una hormiga solitaria venía caminando por el borde del balcón. Nosotras gritamos: ¡Una araña! Todos se rieron porque éramos niñas y no sabíamos nada de nada. Había un aire de infelicidad flotando en el aire.



Con sus padres y hermano.